

# Taller Maelström de Narrativa y Poesía



## Casi Romeo y Julieta

Grecia Albornoz

### 1

Romeo y Julieta hacen cola para comprar en el supermercado; pasan una, dos y tres horas. Una vez dentro del abasto, descubren que hay Harina Pan ¡después de tanto tiempo! Aún les queda pendiente pollo, atún, detergente en polvo, desodorante, toallas sanitarias y papel. Tendrán que esperar a ver si llega algo de eso el próximo jueves y que les vuelvan a dar permiso en el trabajo para faltar.

Hace apenas cinco años la gente se iba tranquilamente al supermercado los fines de semana, pasaban 40 minutos allí y se llevaban lo de la quincena. Ahora, van el día que le corresponde por su terminal de cédula, se gastan cuatro horas en cola y se llevan lo que el supermercado tenga para vender...

### 2

Por fin, Romeo y Julieta llegan a caja (número 6 y 7 respectivamente), pagan, toman sus bolsas, se las revisa el guardia en la entrada y se marchan en direcciones opuestas. Muy a pesar de las tres horas esperando para entrar, comprar y pagar en el supermercado, a pesar de la legendaria disputa que existe entre sus familias, la belleza de Julieta y el ímpetu de Romeo, ellos ni se cruzaron, ni se vieron, ni se hablaron.

Es así como allí muere lo que pudo haber sido la mayor historia de amor de la humanidad, adormecida en la forzosa rutina por la subsistencia venezolana.

## Piedras

Grecia Albornoz

¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac!  
¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!  
Fissss...  
¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac!  
¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc! ¡Ploc!  
Fissss...  
¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! ¡Plac!  
¡Ploc! ¡Ploc!  
Fissss...  
¡Plac! ¡Plac!, ¡ploc!  
Fissss...  
¡Plac!, ¡ploc!, ¡plac!  
Fissss... Fissss... Fissss... Fissss...  
Rosas... Silencio...  
Adiós.

*gfalbornoz@gmail.com*



## Romeo y Julieta hacen la cola de la harina en un supermercado

Jessica Aranguren

Era la madrugada del día martes. Julieta, en su cama, observaba la pantalla de su Blackberry. La alarma no había sonado y ella, después de maldecir el celular y tacharlo de *perol*, decidió que era mejor dormir cinco minuticos más porque, después de todo, Dios sabe por qué hace las cosas. Después de media hora, la muchacha despertó sobresaltada. Había soñado que estaba en el Farmatodo y que, sin hacer cola, conseguía champú, desodorante y afeitadoras. Se dio cuenta entonces de que ya era hora de salir. Tomó un baño y se vistió. En la sala, su mamá le había dejado el carrito del mercado y nada más. Ni siquiera una arepita me hizo, pensó antes de recordar que ya no había Harina Pan.

Se dirigió con parsimonia a tomar el autobús, después de todo, el Bicentenario abría a las ocho y apenas eran las seis y media. Las calles del barrio estaban repletas: niños para la escuela, adultos para el trabajo y los desdichados, como ella, cuya cédula terminaba en 2 o 3. Cuando finalmente un conductor se detuvo, la pobre Julieta tuvo muchos inconvenientes para abordar el transporte: el carrito de mercado ocupaba demasiado espacio y, como iban apretujados, el resto de los pasajeros la miraba de muy mala manera. Decidió que no le importaría lo que esa cuerda de... de gente pensase. Ella iba muy tranquila porque estaba decidida a encontrar su Harina Pan y, si tenía suerte, tal vez un kilito de leche. Después de algún tiempo, llegó a su destino. Caminó una cuadra bajando desde la avenida hasta donde quedaba el Bicentenario. Lo que vio al llegar ahí la horrorizó. ¡¿TRES CUADRAS DE

Los participantes del taller Maelström de Narrativa y Poesía quedaron encerrados en el Galpón N° 7 al finalizar su jornada: de izq. a der., Sara Pacheco, Isabel Matos y Grecia Albornoz

COLA?!, exclamó. Un señor que estaba en un kiosco de periódico la escuchó y le dijo: “Sí, hija, y eso que no están vendiendo papel *tualé*”. Julieta no entendió lo que el señor le dijo, estaba estupefacta y no le estaba prestando atención.

Lentamente caminó hasta el final de la cola y lo que vio allí fue peor. El idiota de su vecino era el último, es decir, se tendría que parar detrás de él y eso le causaba un profundo malestar. No lo conocía, pero su mamá le había hablado mucho sobre su familia, los Rodríguez, decía, esa gente es mala, Julieta. La mujercita es una chismosa, se la pasa metiendo intrigas por todo el barrio. Y el hombre, peor todavía, con decirte que una vez me hizo una propuesta indecente, y yo me negué, hija, por supuesto, porque yo soy decente. Y para completar, imagínate que son chavistas. No, no, no, Julieta, nosotras somos enemigas de esa gente. El día que yo te vea con un Rodríguez, te desheredo.

Y ahora, parada detrás de Romeo en la cola, no sabía si dejar que alguien se le coleara o rezar para que su mamá no viniera a ayudarla con las bolsas. ¿Por qué?, pensaba Julieta, ¿por qué le tenía que tocar la cola el mismo día que a él? Decidió dejar el drama. Igual, ella no tenía la culpa y probablemente después que entrase en el mercado no lo vería más. Se colocó sus audífonos y empezó a escuchar la radio, pero rápidamente se los quitó porque estaba encadenada. La cola avanzó rápido, en una hora ya estaba en la puerta. Le entregó la cédula al vigilante para que la revisara, y cuando este se la devolvió, se le resbaló de las manos y fue a parar al suelo. Se inclinó para recogerla, pero alguien más ya lo había hecho. Al levantar la vista se encontró con los ojos de Romeo, quien la observaba con curiosidad mientras sujetaba su cédula con la mano derecha. Lo que sintió Julieta en ese momento fue inexplicable, era como cuando no tenía Ace, por lo que la ropa le olía mal, y su mamá llegaba a la casa con dos kilos. Sintió

una presión en el estómago y se sonrojó. Extendió una mano temblorosa para tomar su cédula y Romeo se la entregó sonriendo.

—Hola —le dijo descaradamente.

Ella no tenía idea de por qué el Rodríguez ese le hablaba, pero, extrañamente, le emocionó que lo hiciera.

—Hola —respondió ella, y cuando recordó que no debía hablarle se dirigió apresuradamente al interior del mercado.

Visualizó la muchedumbre en torno a las bolsas amarillas. Las personas se halaban y se manoteaban para tratar de tomar al menos un empaque de la preciada harina. En los estantes había harina de otras marcas, pero la gente no parecía interesada en ellas: querían Harina Pan. Una señora mayor comentaba: “Es que la otra no sirve, hay que prepararla con agua tibia y echarle un chorrillo de leche para poder hacer una arepa”, mientras sujetaba firmemente sus bolsas. Julieta se apresuró entonces a luchar por su producto, pero justo cuando llegó, la multitud se dispersaba, una clara señal de que ya no quedaba Harina Pan. Con la esperanza de estar equivocada, la joven se aproximó y solo encontró la pila de bultos vacíos en el lugar donde alguna vez hubo harina. Acongojada y sin saber qué hacer, Julieta lanzó un suspiro. Después de tanta cola bajo el sol, y nada, no pudo conseguir nada.

De repente, sintió que alguien le tocaba el hombro. Allí estaba él, con su sonrisa radiante y un empaque amarillo entre las manos. La muchacha no lo creía. Romeo le estaba ofreciendo el kilo de Harina Pan que tenía, era insólito. Ese joven, al que su madre tanto desprestigiaba, estaba cometiendo semejante acto de generosidad para con ella. Ante eso, su corazón dio un vuelco y sin pensar en nada más le sonrió de vuelta. Sabía que así era como comenzaban las mejores historias románticas, con un acto de amor verdadero.

## Piedra

Jessica Aranguren

Piedra:  
un estridente sonido te acalla  
mancha tu vida con sangre  
te enmudece y te entristece.  
Otra vez pasó  
inocentes manos lánguidas  
cuerpos inertes, sin razón  
caen sobre ti  
tú los observas acongojada  
arrepentida de ser piedra  
piedra inerte, impotente  
efímera y superflua.  
Son tus ciudades, de piedra  
hombres y mujeres sin alma  
inmóviles, fríos  
los ves caer incansablemente  
la muerte ataca sin prejuicios  
en el enigma del mañana  
y tú, piedra, ¿qué esperas?  
La vida se agota en tu gélido  
proceder  
¡llora entonces!  
El eterno luto por los desaparecidos  
sin nombre  
Cada día los ves caer  
Ellos, ahora, son piedra.

Jessica Aranguren participante del taller Maelström recibe de Edgardo Malaver su certificado

## Ávila

Jessica Aranguren

Un son trágico es, Ávila  
bárbaro fue tu dios  
antipático a tu catástrofe  
cínico cual clásico clérigo.  
Su pirámide de periódico  
dos lágrimas construyéronla  
en su júbilo lacónico  
el último mes melancólico.  
De un pérfido trópico  
fue metáfora minúscula  
trasatlántico patético  
fáctico oráculo fúnebre.  
¡Oh, catástrofe!  
Bélico vórtice de relámpagos  
al triángulo marítimo intrépido  
aplastáronlo las metafóricas  
mortíferas y húmedas.

Fue mágico-maléfico  
mamíferos anónimos,  
autómatas  
lloráronte, ¡oh, Ávila!  
cúpula de huérfanos.

Y por famélicos decrepitos,  
esqueléticos de hálito fétido  
dio en fábula al éxodo  
de tus ánimas náuticas.

Destruyéronle, Ávila  
súplica psicópata de Dios  
su lámina de periódico  
en triángulo  
es mi simbólico súbdito poético.

jessicagalipan@gmail.com



## Don monoesdrújulo

Luisa Teresa Arenas Salas

¡Clásico mi don!  
Un don polisémico:  
lingüístico y pragmático,  
ético y poético,  
más que carismático.  
Don cáustico, idílico,  
mas no etílico.  
Etéreo don académico,  
en fin, don polifacético,  
bucólico, paradisiaco.  
—¿Y cuál es tu don?  
—Recuérdalo, piénsalo,  
estúdialo, analízalo,  
repítelo al unísono  
con mi voz, descríbelo:  
es un don clásico lingüístico,  
don fono-ortográfico,  
y morfosintáctico.  
¡Ah! Y es don léxico,  
semántico-pragmático.  
Compréndelo y acéptalo  
en lo explícito y en lo implícito.  
mi don es un cálido capítulo  
teórico, práctico e histórico.  
—¿Un don prístino?  
—¡Sí! Un don metamórfico,  
muy próximo a ti y a mí,  
cual cántico lírico romántico.  
Es un don primogénito  
en mi ser y en tu ser.  
Ser académico es el don,  
don aristotélico es,

don lógico y antípoda  
en el bien y el mal,  
don pretérito y de hoy.  
El príncipe don es,  
prismático e hispánico  
de tu voz y de mi voz.  
Es don contemporáneo,  
histórico, polícromo.  
No es un don monótono;  
es don heterogéneo  
y homogéneo a la vez,  
en fin, es don polifacético.  
¡Mítalo tú! ¡Escríbelo tú!  
Pues es don analítico.  
Y, ¡acláratelo ya!,  
mi don es metódico  
es don sistemático  
en sinónimos que van  
y en su múltiple antónimo.  
Y, por último, mi don,  
en fonética silábica,  
¡léelo y pronúncialo!  
¡Conócelo ya!  
¡Escríbelo por ti!,  
es analítico.  
En fin,  
léelo y conócelo  
en fonética silábica,  
Don [pa]  
Don [lá]  
Don [bra]  
¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

## Trasatlántico íntimo

Luisa Teresa Arenas Salas

En atmósfera académica  
trasatlántico microscópico vi.  
Sin mar, sin océano en límite.  
Sin adminículos marítimos en círculo.  
Trasatlántico íntimo de periódico fue.  
En ámbito poético, lírico, idílico,  
más bucólico el perímetro fue.  
En apéndices artísticos, estéticos, plásticos  
la súplica específica dio:  
*al mínimo trasatlántico de periódico  
demuéstrele la poética de su ser.*  
¡Escríbanle! ¡Cántenle!  
A ti, pues, mi cántico oceánico  
de lágrimas de ánimo,  
ínfimo trasatlántico,  
minúsculo, microscópico, va;  
a ti, pues, mi cántico rítmico  
de lírica épica y carácter titánico va.

ltarenas13@gmail.com



ltarenas13@gmail.com

## Dante y Beatriz se mudan a Venezuela

Karin Arends

Al observar los pasajes en la mesita de noche, Dante, que yacía en su cama, sopesaba la idea de un futuro perfecto, con Beatriz a su lado, viviendo en el paraíso. Su mente divagaba en insomnio calculando la posible reacción de su amada, pues la mudanza sería una sorpresa para ella; al haber comprado los pasajes no había vuelta atrás, tenía que decirle, no podría irse solo.

Una tarde de agosto, Dante se regocijaba al mirar a su futuro a los ojos, Beatriz le devolvía la mirada expectante, curiosa de escuchar la proposición que tenía para ella aquel hombre que temblaba de nerviosismo. “He comprado boletos aéreos, y he acordado la mudanza, podemos partir de este infierno juntos, y vivir en el paraíso, los dos”, decía Dante, mientras ella escuchaba con atención y la mente acelerada; sin saberlo, había accedido, sinceramente, mucho antes de sopesar las consecuencias posibles de tal cambio.

El día de partida, ambos trataban de calmar sus emociones, que aunque difícil, no les resultaba imposible debido al sentimiento de esperanza paralizante que compartían. Tomados de la mano se prepararon para el viaje, y tomados de la mano con los dedos entumidos llegaron a su destino. Con la ilusión hecha lágrimas y el corazón pasmado, vislumbraron la puerta de la salvación y la entrada a la buena vida, pues nada podía ser peor que el infierno, ¿o sí?

Maiquetía los esperaba con una sonrisa burlona, y al verlos llegar se escuchó una carcajada. En el piso de Cruz Diez se podía leer un grafiti cuyos esbozos en color blanco formaban la frase “Bienvenidos al país de las despedidas”. Ellos, sin entender ni prestar atención, trataron de salir rápidamente del aeropuerto para poder llegar a lo que sería su nuevo hogar, para finalmente conocer el sitio donde cultivarían su amor. Al intentar salir se encontraron una larga fila de personas con las caras largas y las facciones cansadas; toda esa gente despedía



“¡Plac! ¡Plac! ¡Plac! para Grecia Albornoz por su poema *Piedras*, recibe su certificado de manos de Edgardo Malaver

de sus cuerpos un olor a monotonía y a tristeza, olor que viajó hasta la nariz de Beatriz, e hizo de ella un despojo de incertidumbre y duda. Al ver que la interminable fila de personas llorosas era específicamente para despedidas, se dieron cuenta de que mientras ellos entraban solos, todos se iban juntos. Seguían sin entender, se preguntaban por qué ellos entraban felices y miles salían destruidos.

Al llegar a su nuevo hogar, trataron de borrar esa tenebrosa imagen de su mente, pero de noche los perseguía y no los dejaba dormir, los hacía tener pesadillas recurrentes en las cuales las despedidas, por convertirse en rutina diaria, dejaban de doler, y se encontraban a mitad del día, sin sueños, preguntándose si se habían equivocado de paraíso; al pasar el tiempo, por las indiscreciones de Dante al mirar a otras mujeres y por la falta de caminatas bajo la luz de la luna, Beatriz decidió dejarlo y regresar al sitio del que había huido despavorida. Abandonando toda expectativa y esperanza, se dispuso a volver al infierno, arrepentida de haber soñado alguna vez con vivir en el paraíso.

Al verla partir Dante quedó destruido, se volvió un hombre solitario y temeroso, que miraba la noche como si en todas sus esquinas se escondiese alguien con un cuchillo. Había dejado de ser quien era, y tras perder el sentido del humor no encontraba más refugio que el recuerdo y la añoranza de aquel infierno que había dejado. El tiempo volaba pero no vivía, pues pasaba a través de él como un fantasma, sin causar efectos además de escalofríos. Un día como cualquier otro, Dante, desesperado, caminaba bajo el sol caliente en busca de respuestas; su mente pasaba de una interrogante a otra y no conseguía calmar la ansiedad. “¿Quiénes quedan aquí además de los que no pueden irse?”, preguntó en voz alta sin darse cuenta. “Los que con esperanza estúpida esperan que el infierno mejore” respondió un desconocido que pasó a su lado.

karinarendsd@gmail.com



Fuerte apretón de manos por el certificado que entrega Edgardo Malaver al tallerista Antonio Fernández

## El apartamento

Efraín Gavides

Eran esos días de una Caracas saturada de banderas, consignas y pancartas sobre las grandes avenidas, días en los que Ofelia, una aplicadísima bibliotecaria, gozaba el mejor estado de su corazón en mucho tiempo, le profesaba un delirante amor a Hamlet, a quien conoció bajo los vestidos de Otelo durante una representación en el Teatro Principal.

Él, que no poco le correspondía a sus delirios, pensaba, al igual que ella, casi al unísono de los golpeteos de sus corazones, que nada ofrecía mejor a sus vidas que el sello definitivo de su amor: vivir juntos.

—¡Ay, Hamlet, miles de libros en mi biblioteca y no hay uno que me explique cómo decirte cuánto te quiero!

—¡Ay, Ofelia, por muchas alegrías que me haya dado esta vida, ninguna alcanza la que significas tú!

En esos suspiros se iban los días, en los que no faltó aquel que trajera una buena noticia de parte de Hamlet, cuando le anunció a su amada que el director de su grupo de teatro, muy amigo este de la prima de la esposa de un inspector de la Misión Vivienda, les ayudó a obtener un apartamento a donde mudarse.

Después de varias semanas terminaron sin dinero y, aunque el favor quedó retribuido y la casa quedó equipada, ocurrieron cosas singulares. Los muebles se compraron dos veces, los primeros desaparecieron enigmáticamente uno de los días de la mudanza. ¿Los días? Sí, tres días tardó la mudanza, hubo que compartir ascensores con motos de vecinos, cuando no estaban averiados a causa del ahorro de energía cinco o seis veces al día. Una pareja con cuatro niños intentó reclamarles con documentos falsos el apartamento; para el alivio de Hamlet y Ofelia resultó ser un error, aunque se venía cometiendo ya en varios edificios.

Ha pasado el tiempo, han cambiado los suspiros por bostezos a causa de los trasnochos que la bulliciosa felicidad de la comunidad les impone cuatro noches a la semana, pero siguen siendo muy felices.



Fin del taller Maelström, el facilitador, Edgardo Malaver, izq., entrega su certificado a Efraín Gavides

## Góndolas

Efraín Gavides

Para Ana María

Góndola de tuétano de árboles,  
latiéndote minúsculos pálpitos  
con súbito ímpetu,  
con íntimo júbilo.

Aventúrate ya de sol a sol,  
aniñándote.

Vástago selvático: góndola,  
místico y didáctico es tu plan  
de cándida paz,  
de lúdico fin.

Inequívoca vas, ávida de mar,  
solazándote.

Vástago de árboles: góndola,  
frágiles son tus vértices.

¡Mírate húmeda,  
mírate flácida!

¡Reconstrúyela, artífice,  
multiplícala!

¡Oh, cardúmenes de bellísimas góndolas!

Océanos aguardanles íntegros.

¡Cuán mágicas,  
cuán únicas!

El éxtasis de sus mártires

es tan enérgico,

tan idílico,

épico,

enésimo...

## Piedra

Efraín Gavides

Materia arcaica polimorfa  
madre insufrible  
de todas las eras,  
de cada camino,  
de incontables arboledas.

Semilla que elevas a los  
hombres,  
divino insumo  
de glorias edificada,  
de gran cimentación,  
cuitada por severas manos.

Tu dureza y mi docilidad se  
funden

cual labios y aliento  
en un beso pleno,  
cual mejilla y latido  
en un mismo pecho alegre.

La salífera energía de tu  
cuerpo  
exhibe divina euforia  
entre amadas olas,  
entre cada golpeteo  
de chubascos infinitos.

Húmedo follaje que te  
endulza  
te consiente romances  
con frescos anfibios,  
con musgos tenaces  
por largo y fluvial sendero.

Refugio de bondad  
inmemorial,  
tributas a mi ingenio  
desde sagradas canteras,  
hasta el rígido ornamento  
que jamás ha osado  
abominarme.

Fomentaré tus copiosas  
virtudes  
a hombres de granito,  
a niños de mármol,  
a mujeres preciosas,  
en bello y coloso pizarrón,  
con calizas letras blancas,  
mientras postergues ser mi  
tumba...

[gavidesjimenez@gmail.com](mailto:gavidesjimenez@gmail.com)

## Adán y Eva van a la playa en Margarita

Raiza M. González

Muchas veces nos han contado sobre la creación, y se nos dice que Dios creó un jardín, al que llamó Edén. En ese jardín había toda clase de plantas y gran diversidad de animales. Había selvas, bosques, montañas y un hermoso valle, quizá el lugar más prolífero de todo lo que había ahí.

Todo estaba tan desordenado que Dios tuvo que reordenar “los cielos y la tierra” y separar las aguas que cubrían todo. A lo seco llamó tierra y a la reunión de las aguas llamó mares. “Y vio Dios que era bueno”. ¡Claro! En el mar la vida sí que era más sabrosa. Pero quizá los separó demasiado, tanto que cuando Adán hacía su trabajo de ponerle nombre a cada animal y a cada planta, pudo admirar el hermoso valle, en el que solo vio algunos huertos y grupos nativos de la zona, pero le hacía faltaba algo.

“¡Ah!”, exclamó Adán, “he recorrido estas tierras y estoy tan cansado, cómo me gustaría que en este valle tan frío y húmedo hubiese mar. He escuchado del mar que suena muy bien”.

“¡Ah!”, volvió a exclamar Adán —hacía esto con frecuencia, ¿y quién no, cuando todo es nuevo?—, le llamaré Caracas. Lo único que hay aquí es un gran monte, muchos nativos y no sé de dónde salieron tantos leones, hasta parecen caraquistas. Así se llamará”.

Mientras Adán terminaba su recorrido, de pronto se sintió solo, y es que ya no solo quería conocer el mar, hacía falta algo mejor que eso. “¿Dónde estará Eva? —notó su ausencia durante casi todo el día—. Creo que la veo venir”. A lo lejos se acercaba una mujer morena cubierta de barro y Adán se sorprendió.

“¡Ah!”, gritó, pero esta vez gritó de espanto y asombro, y le preguntó por qué venía así. Eva le contestó:

—¿Qué pasa? Ah, ¿esto? Es que fui a las aguas termales con mi amiga Santi, la serpiente. Ya sé qué polvo utilizó Dios para crearte. Qué lugar más relajante, porque eso de poner nombres y de cuidar a los animales sí que cansa.

—Pero ¿ese no es mi trabajo? —le dijo Adán—.

Y ella, quitándose la mascarilla de barro, le respondió:



El turno de Jonathan Torrealba para recibir su certificado de manos de Edgardo Malaver al finalizar el taller Maelström 2015

—Hablando de eso, para llegar ahí tuve que pasar este gran monte, del otro lado había muchas rocas y acantilados. Pero ¡cómo había gente! Entre nativos y unos hombres vestido con cascos de hierro que solo discutían; mientras otros se bañaban en el mar...

—¿El mar? —le preguntó Adán.

Y respondióle Eva:

—Sí, pero déjame continuar... Mientras otros se bañaban en el mar, otros discutían sobre cómo llamar el lugar, y como ninguno se decidía y hasta parecían tiburones asechando en un puerto pesquero les llamé La Guaira.

Y así fue como la primera mujer se hizo un tratamiento facial, descubrió una nueva tierra y tomó una importante decisión, como quizá lo haría el hombre. Todo al mismo tiempo.

Al terminar de hablar, Adán al fin pudo contarle a Eva sobre su interés en conocer el mar, pero Eva le aseguró por su experiencia que ese no era el paraíso.

Parecía ser que la única manera de encontrar ese supuesto lugar sería idear un plan de acción. Rápidamente tuvieron que domesticar a los animales, distribuir las tierras... inventar la imprenta, la electricidad, los medios de comunicación... y al crear la tecnología y la Internet, por fin pudieron buscar ese lugar, y así se evitaron hacer una larga caminata por todo el jardín (se hubiesen tardado más, ¿no?). Y de esta manera encontraron una isla de ensueño. Pero había un pequeño inconveniente, la isla se encontraba fuera del jardín, así que debían idear otro plan para salir del paraíso al otro paraíso. Dios había dejado a cargo a unos ángeles para que custodiasen las puertas del Edén. Así que tenían dos opciones: o negociaban con los ángeles ofreciéndole perlas de regreso, o Santi, la serpiente, podría ayudarles. Y esto fue lo que ocurrió: primero Santi y Eva tuvieron que convencer a Adán, luego hicieron las maletas y compraron los pasajes y, por último, llamaron la atención de Dios para que este los expulsase del jardín.

De esta manera, Adán y Eva fueron a las playas de esta hermosa isla llamada Margarita, un paraíso fuera del paraíso. Pero, ya no pudieron regresar, los precios del pasaje aumentaron, y Adán..., Adán, pues, estaba fascinado con el mar.

migreisisg@gmail.com

Algunos talleristas se quedaron hasta el final en la entrega de certificados: de izq a der., Efraín Gavides, Grecia Colmenares, Sara Pacheco, Jonathan Torrealba, Edgardo Malaver, Antonio Fernández, Luisa T. Arenas y Alison Graü



## dEsOrDenMenTAL

Alison Graü

Lo observaba muy de cerca y no entendía su actitud.

Daba vueltas de un lado a otro sin saber por dónde salir. Su rostro denotaba una expresión preocupante, fuera de la realidad. Su voz era muda, ya que sus palabras gritaban desde sus entrañas (en modo desesperación) y se revolvían en todo su ser. Me dio lástima verlo así: solo, callado, muerto de frío por las gotas de lluvia que llegaban a sus huesos, y no hablar de sus bostezos, eran lánguidos, casi eternos. Quizás era el sueño, el hambre, el fastidio de esperar una pronta solución, o quizás era todo a la vez.

Pese a todo lo que padecía, sus manos no dejaban de escarbar en sus bolsillos, era como si estuviera buscando una llave para abrir una puerta. Pero ¿qué puerta, si donde se encontraba no había puertas, ni tampoco salida; pero es que ni siquiera había obstáculo que le impidiera avanzar en su camino.

“Pobre”, dije, pensando sin hablar.

Pero cómo lo podía ayudar si me encontraba en su interior, es decir, en algún lugar recóndito de su existencia humana. Aunque no podía entender el porqué de sus pasos cortos y discontinuos dentro del mismo territorio, era como si algo no lo dejara salir de ahí. Una torre de bloques. Cuatro paredes sin techo, sin suelo, sin nada de nada. Quizás un muro. No lo sé... Eso llegué a pensar sin saber qué pensaba.

Lo que nunca pude entender era por qué no seguía libremente su camino, si el muro que él creía ver era invisible.

Alison Graü recibe su certificado al finalizar el taller Maelström de Narrativa y Poesía

## Añoranzas

Alison Graü

Sobre el manto azul del brillante suelo acuoso, se mece en la espuma un frágil cuerpo. El viento sereno hiere sus ilusorias velas, y el sol naciente caliente hasta sus entrañas. Solo, triste, sin un suspiro de un alma que entre esa inmensidad infinita llenara de gracia su espíritu inmóvil. Perdido entre la nada, lo tiene todo dentro de sí: la vida, que no es su vida sino la de aquel que juega antes de la primera juventud.

Aunque buscaba con frenéticas ansias, inútiles intentos, que la mano trémula de un inocente volviera a su corta existencia a llenar de júbilo el temblor de su corporalidad (solo comprensible para el que ve con ojos curiosos las imágenes del corazón sensato), él seguía perdido entre lo inalcanzable y el reflejo de lo común.

Sus lágrimas, casi anónimas, no eran más que gotas perdidas entre la lluvia, bajo ese suelo líquido de decepciones; pero qué más decepción que estar perdido entre las aguas del inconsciente, donde lo único seguro, para él, es mirar más allá del mar.

alison\_grau@hotmail.com



## Marítima

Leonardo Laverde B.

¿Por qué no ves tus límites, intrépida y pálida página  
que vas por la límpida paz de tu ínfimo Mediterráneo?  
¡Oh, escándalo! Mas ved, húndese ya. ¡Oh, catástrofe!  
¡Ay, los íngrimos náufragos! ¡Ni la mínima ínsula próxima!  
Entónense cánticos fúnebres por tan trágicas víctimas.

## La piedra

Leonardo Laverde B.

Hueso de los jardines,  
cruz de las iglesias,  
de los días la marca,  
de los caminos maestra,  
desvelo del alquimista,  
corona de los anillos,  
para adornar la belleza,  
carcelera de las formas  
que el escultor libera,  
siete por cada uno,  
catorce por la pareja,  
víctima del papel,  
depredador de tijeras.

Dolor de los riñones,  
mano terapéutica,  
humor del melancólico,  
raíz de la demencia,  
comienzo de nuestra ira,  
extremo de nuestra ofensa

Leonardo Laverde y Dubraska Machado comparten  
impresiones positivas sobre el evento en curso

De la humanidad la chispa,  
de Prometeo cadena,  
para David mejor arma,  
para Goliat la sorpresa,  
para Arturo la vaina,  
del Paraíso portera.

Primogénita del mundo,  
inmóvil alfa y omega,  
como madre indiferente,  
como anfitriona discreta,  
para las plantas camino,  
de nuestro cadáver la seña,  
no celebras nacimientos,  
ninguna muerte te apena,  
miraste nuestra llegada  
y cuando la humanidad esté muerta,  
seguirás en el espacio  
girando como una rueda,  
y cuando llegue el momento  
de terminar tu carrera,  
celebrarás tu destino,  
regresarás a tu estrella.

llaverde2@gmail.com



## Hamlet y Ofelia en la Misión Vivienda

Isabel Matos

Ese día había sido agotador. Subir y bajar las pesadas cajas del camión de mudanza para subirlas y bajarlas de nuevo en el apartamento. Pareciera que todo pesa más la segunda vez. En la cabeza del joven Hamlet la gran preocupación era si acaso el fantasma sabría encontrarlo, ya que nunca antes había cambiado de domicilio. ¿Qué pasaría si no lo encontraba? Esta primera noche lo sabría.

Desde el pasillo se podía escuchar las conversaciones de los nuevos vecinos. El joven que vivía a la izquierda no sabía si Danger o Yoimberkys era el nombre indicado para su nuevo hijo. La señora de la derecha le contaba a su mejor amiga cómo descubrió que su marido le ponía los cuernos con la tipita del 10. Entre las dos planeaban su venganza.

—¡A ese perro lo agarro yo!

La amiga contestó algo entre cuchicheos. Hamlet aguzó el oído y escuchó claramente que decían:

—Bueno, chica, ni que fueses a envenenar a tu hermano.

Y rompieron a reír. Con un suspiro, se dio cuenta de que no habían abierto las cajas y ya eran la comidilla del edificio.

Esa noche subió a la azotea. Ofelia estaba en otro mundo. Ya no le quedaban fuerzas para impedirle buscar a su padre. Pero esta vez los guardias que el joven Hamlet encontró no eran asustadizos y luego de un pequeño altercado pudo hablar con su padre por largo rato, entre iguales ahora.

A la mañana siguiente, como de costumbre, los periódicos mostraban grandes titulares sobre la victoria sobre el imperio, ni una sola letra se dedicó ese día a la noticia de las dos nuevas viudas que vivían en la Misión Vivienda de la esquina.

### Súcubos

Isabel Matos

Son súcubos, no foráneos héroes  
en sus estrambóticas máquinas marítimas.

Indígena selvático, ¡óyeme!,  
libérate del régimen psicópata,  
pon término a la lágrima.

¡Y tú!, magnífica ráfaga,  
ráfaga mágica y oceánica,  
¡destrúyele!,

pues son, al fin, ecólogos triángulos,  
purísimas metáforas poéticas.

isabelmercedes@gmail.com

Isabel Matos declamando su poesía personal en inglés durante la *Tertulia poética* 2015



## Buenas noches

Juan Carlos Orellana

Las pesadillas nunca habían sido tan graves. Evolucionaron de una modesta molestia ocasional a noches malditas que lo atormentaban como jaurías infernales que aguardaban a las puertas de su futuro.

Una vez al mes los aspersores le servían de despertador en las mañanas, posteriores a los sueños terribles. Semidesnudo y lleno de ramas, barro y otros elementos forestales, se arrastraba hasta su cama fatigado, pero, sobre todo, asustado.

Cada noche era peor que la anterior: gritos, sangre, gemidos, carne desgarrada, dolor, aullidos, lunas gigantes, llanto y nebrura, tan espesa que era como una sustancia que lo alimentaba. Tanto así que, fuera del terreno onírico, la oscuridad lo revitalizaba al envolverlo.

Había dejado de vivir desde hacía tiempo, siempre preocupado sobre qué horrores cometería su otra conciencia. Al despertar manchado de sangre ajena, se imaginaba lo peor. Los informes de desaparecidos de la ciudad le daban una idea de lo que había pasado, pero revisarlos se volvió muy doloroso en poco tiempo. Aun así, nunca lo acusaron de nada. Le tenían mucho miedo para seguirlo a su guarida.

Una vez se despertó con tres agujeros de bala enormes en el pacho. Inmediatamente creyó que iba a morir. Sucumbió ante un ataque de pánico hasta que se dio cuenta de que no sentía dolor y tampoco sangraba. No supo si celebrar o llorar.

La sexta vez que despertó cubierto de sangre seca, decidió terminar con todo. Introdujo el revólver en su boca y disparó... Despertó adolorido con la bala triturada en el suelo.

Forzado a aceptar mi verdadero ser, mis pesadillas se convirtieron en realidad. El níveo ojo de Zeus me llama y ya no tengo miedo.

¡Aúúúú...!



Isabel Matos, tallerista en Maelström, también facilitadora de su propio taller *Poesía Slam en Inglés / Slam Poetry in English*.

## A Eugenio Montejo

Juan Carlos Orellana

Un pájaro enmascarado  
sostuvo la puerta acuosa  
dentro aguardaba la diosa  
rubia y desesperada  
con versos en los ojos  
caminando hacia el abismo  
la tomo de la mano  
con palabras etéreas  
se entregó en sacrificio  
inhaló belleza  
exhaló pobreza  
entre las partituras del viento  
giramos y giramos  
cuando las trompetas sonaron  
y los fuegos se encendieron  
en su ígneo flujo  
la virtud y tus líneas se perdieron.

juancarlosorellana27@gmail.com

## En la cola

Sara Cecilia Pacheco

Hablaron del clima, de la situación, de la música favorita... Cuando comenzaron a encontrar muchas semejanzas en sus aspiraciones, cuando empezaron a imaginarse ese futuro junto al otro, feliz, lejano, distinto... la cola empezó a correr y antes de que el Guardia Nacional los separara en dos cajas para pagar la harina decidieron darse los teléfonos y, por ende, los nombres. Romeo, dijo él con sonrisita de medio lao sintiéndose más guapo que el ídolo musical del cual tomaba el nombre. Julieta, dijo ella dando su nombre favorito. Al salir ya no eran sino corazones exaltados, apasionados, soñadores... que por desgracia desconocían que sus madres se odiaban porque la respingada madre de María Julieta luchaba incansable para que corrieran a la mamá de Romerick de la Conserjería



Celebrando el final del taller Maelström: de izq. a der., Alison Graü, Grecia Albornoz, Jessica Aranguren, Jonathan Torrealba, Sara Pacheco y Edgardo Malaver

## Haikus de despedida

Sara Cecilia Pacheco

No temas, adiós,  
te escribiremos siempre.  
Sin volver a ti.

\* \* \*

Te escribiré  
así ya no me iré  
trascenderé contigo.

\* \* \*

Hoy así la vio  
Estaba allí la puerta  
Al verse huyó.

\* \* \*

Despedir al sol  
saludarte  
¿beberte hasta el sol?

\* \* \*

Despedir al sol (y),  
sin saludarte  
beberte hasta el sol.

\* \* \*

Me huí contigo  
Sucede que ya me voy  
No sin ti, no hoy.

sarace.pacheco@gmail.com

## Don Quijote y Dulcinea van al cine en el Sambil

Liliana Padilla

Daban poco más de las dos de la tarde. Pese a que soplaban una brisa sonora, el calor era agobiante y las ropas se le pegaban al cuerpo dentro de la armadura. Había quedado exhausto luego de ir a aquel lugar, aquel reino lleno de espejos y apariencias disímiles en el que todo parecía funcionar al revés. Aquel debía ser el reino de Malfatto, pues jamás había visto nada como aquello.

Al principio creyó estar en un imponente castillo acompañado de su hermosa doncella. Había acudido a él como mera distracción, algo que rara vez hacía, pues siempre estaba atento a cumplir sus funciones de caballero, para las cuales había sido ordenado tal.

Sin embargo, aquella tarde...

Aquella tarde, en ausencia de una doncella en apuros u otro escenario que mereciera su atención, ensilló su rocín y partió en busca de su amada Dulcinea. De pronto advirtió a lo lejos que el horizonte se tornaba difuso... Esto no había sido lo único extraño aquel día. Primero, fue en busca de su fiel escudero, a quien no encontró por ninguna parte, cosa extraña puesto que aquel siempre estaba dispuesto cuando se le necesitaba; luego, el clima; y poco después, cuando decidió ir en busca de su doncella, aquella a quien él consideraba la más hermosa entre las hermosas, esta le decía: "¡Parece que a alguien se le aflojó el cucú!".

Sara Pacheco y Edgardo Malaver: parejas de vida y tallerista y facilitador en Maelström



Sin lograr entender exactamente a qué se refería, pues él se había presentado ante ella como un caballero cuyo corazón estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por su amada. Haciendo caso omiso de la situación, extendió la mano para ayudar a la damisela a subir al caballo, a lo que esta nuevamente respondió:

—No pretenderás que yo me monte en ese jamelgo tan flaco. ¿Dónde está el BMW, el Porsche? ¿Y qué son esas latas que llevas puestas? ¿Acaso vivimos en la Edad Media?

Al oír esto, un signo de interrogación se dibujó en el rostro de don Quijote, que exclamó:

—¡Amada hermosura mía! Veo que salen palabras de vuestros labios, pero no comprendo lo que decís. Concededme la gracia de disculpar si vuestra presencia he ofendido.

—Ujm... —respondió Dulcinea—. Creo que alguien necesita una actualización en su disco duro. ¡Vamos al cine a ver *Rápido y furioso*!

Iban caminando y de la nada se encuentra frente a frente con una imponente edificación en las inmediaciones de un lugar llamado Chacao. Don Quijote recuerda haber leído aquello en algún lugar.

—¡Atrás! ¡Alejaos de aquel monstruo devorador de hombres! —dijo al tiempo que desenfundaba su espada y se ponía en guardia frente al proyector de la sala de cine.

La multitud sorprendida no comprendía lo que estaba ocurriendo y mucho menos comprendía don Quijote por qué las gentes no se alejaban ni comprendía por qué se reían ni cómo era que aquel monstruo podía tener en su interior a tantas personas y ninguna parecía querer salir huyendo de allí. Terminó dándose cuenta de que todo aquello había sido un encantamiento. Debía serlo, pensaba, porque todos parecían hipnotizados.

Así se encontraba, absorto en medio de sus cavilaciones, cuando de pronto alguien tocó la puerta. Sí, oía tocar una puerta, pese a que no veía ninguna por ninguna parte.

—¡Hablad quienquiera que seáis, pues de veros no hallo forma!

A lo lejos una voz susurraba:

—Señor don Alonso, despertad.

Era su ama de llaves que lo llamaba.

[lilianaliccett7@gmail.com](mailto:lilianaliccett7@gmail.com)